

## ¿FUE HUMANISTA EL POSITIVISMO MEXICANO?

*Rafael MORENO*

EL OBJETO de estas líneas, más que ahondar en los datos sobre los filosofemas del positivismo o sobre su adaptación a México, es intentar un acercamiento distinto a la luz del humanismo, desde nuestro tiempo que no teme ya las parcialidades o la intemperancia dogmática de aquel sistema. Se intenta responder a estas preguntas: ¿Representa el positivismo mexicano una consideración tan unitaria de lo real, que el hombre venga a ser objeto físico? ¿Estará el positivismo en el límite de la condición humana que empezaron los griegos y que nos dejó en herencia la *humanitas* de Cicerón? Y, antes que nada, habrá que saber si no significa la negación del humanismo mexicano, cuyos máximos representantes han velado siempre por los intereses más caros del hombre en México y por la dignidad del hombre en general. Mas es preciso aclarar que estas reflexiones consideran principalmente lo que pudiera llamarse el positivismo, el que defiende y expone Gabino Barreda, considerado como el más ardiente propagandista y el más grande exponente del positivismo en México. Por extensión son válidas para el grupo que hace el periódico *La Libertad*. Y en ningún caso para el positivismo político de los científicos, por ser manifiestamente antihumanistas, como lo prueba el hecho de haber elevado a teoría el desprecio de los débiles, la lucha por la existencia y la supremacía del más fuerte.

PARA NOSOTROS el positivismo significa un paso más en el proceso de modernización en que nos metió el racionalismo del siglo XVIII. En efecto, durante la segunda mitad de ese siglo nació la fe en un progreso incontenible hacia una mayor perfección en todos los órdenes. Este optimismo progresista

está en Clavigero, Alzate, Hidalgo. Se acrecienta considerablemente en las generaciones liberales hasta convertirse en la categoría fundamental, y adquiere consistencia filosófica con la ley de los tres estadios en el positivismo. Por eso nuestra historia moderna es no sólo hostil a la aceptación de tradiciones y de costumbres, sino orientada por lo futuro, por la esperanza de una mayor felicidad, individual y colectiva que aumentará cada vez más los bienes humanos.

Aquella misma época vio nacer el utilitarismo, el ateísmo práctico, la negación de la metafísica, la mecanización de la realidad y la cuantificación del hombre. Lo que es bastante explicable cuando se advierte que el antecedente histórico del positivismo es la Ilustración y ésta es la consecuencia del racionalismo. Del racionalismo y del iluminismo nos vino una razón omnipotente que paulatinamente fue sustituyendo a Dios y a la imagen religiosa del mundo. Una racionalidad de todas las cosas, formal y abstracta, que con el tiempo abandonó cada vez más la captación de los valores espirituales y terminó por aceptar como válidos sólo los productos de una razón cuyos dominios no iban más allá de lo mensurable. Porque los ascendientes espirituales del positivismo existen varios siglos antes, está aún arraigado en el alma moderna, al menos en cuanto a su visión del mundo. Por todas estas causas significa para nosotros la culminación de nuestra modernidad y no un hiato, como algunas veces se ha dicho. Así nos explicamos una serie de comportamientos ganados en forma definitiva por la vida y la cultura mexicanas: el laicismo, la separación de Iglesia y Estado, la sociedad civil, la voluntad de industrialización, la confianza desmedida en la educación y en los frutos de la razón.

Lo cual no quiere decir que hayamos tenido una evolución simplista, pues nuestra suerte está ligada a la de Occidente. De hecho, el hombre, a partir del Renacimiento, sigue por dos caminos opuestos. Uno es el teológico, que llega a establecer la nulidad de todo esfuerzo humano y para el cual la vida secular no puede estar determinada por valores inmanentes. El centro del hombre fue puesto en Dios: lo mundano no podía ser capaz de fundar un verdadero humanismo. El

otro camino es la exaltación de lo mundano hasta elevarlo a valor supremo. De manera que lo valioso es la misma humanidad dentro de los límites exclusivos de este mundo. El positivismo significa históricamente la expresión radical de esta última manera de pensar. Pero si tal interpretación es cierta, ¿puede ser considerado en verdad como un humanismo, como un pensamiento humanitario? Lo será cuando respete la dignidad humana y tenga sobre todo la aspiración espiritual de salvar al hombre mediante su formación interior con verdades supraindividuales.

YA EL MERO HECHO de ser una filosofía, indica que el positivismo está de alguna manera ligado a los valores esenciales del hombre y por eso representa un auténtico empeño de salvarlo. Pues, como dice Antonio Caso, "toda filosofía es en cierto modo humanismo". Esta disciplina es "un acto esencialmente humano por su origen, su desarrollo orgánico y su fin". En este sentido se habla aquí del positivismo. Tal vez no puede señalarse otro pensamiento que haya sido utilizado en tan gran escala para encauzar y salvar al hombre de México dentro de la historia universal. Se trata, es cierto, de un sistema filosófico que prefiere como base de explicación el pensar al sentir y al querer. Por eso el positivismo no puede implicar sino un humanismo intelectualista.

Para esta interpretación existen dos dificultades. Una la hacen los que formaron el grupo del Ateneo de la Juventud a la sombra de Justo Sierra y Pedro Henríquez Ureña. Esa generación formuló contra el positivismo mexicano las acusaciones con que todavía lo juzgamos. La más grave es la de haber desterrado la metafísica de la educación mexicana y haber truncado la recia tradición de los clásicos greco-latinos. En suma, que los positivistas fueron enemigos del humanismo y de las humanidades. Razones por las cuales ni pudieron entender los problemas de México ni los problemas del hombre. Así, afirma por todos Pedro Henríquez Ureña:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veía-

mos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia.

Caso, Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y otros, coinciden con esta opinión. Se sintieron aprisionados por un sistema cerrado y estrecho que quitaba toda inspiración y mataba todo germen de humanismo. Se rebelaron contra el mundo geométrico de la filosofía positiva, contra su exactitud de muerte, y señalaron al alma humana los ideales del heroísmo y del amor.

Sin embargo, todos reconocieron la importancia de la obra educativa y social de Barreda, no menos que la necesidad de haber implantado la ciencia positiva. Pero sucedía que animaba a los nuevos tiempos otro clima espiritual, para el que resultaba insuficiente el positivismo de Comte o el de Spencer o el de Mili, tanto porque lo consideraban en desacuerdo con la ciencia misma, cuanto porque impedía de raíz las inquietudes metafísicas de la generación. Recuérdese la oración sobre la ciencia y el discurso inaugural de la Universidad pronunciado por Justo Sierra. El mismo Vasconcelos lo dice con claridad: no es la filosofía positiva "donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de la música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo". El nuevo sentir de que habla el grupo del Ateneo vino a fortalecer la convicción de que la razón matemática y la física daban origen a un pensamiento antihumano. Mas ¿podrá ir contra el hombre la actitud que lo apuesta todo al hombre? Sin duda la pérdida de la metafísica trascendente tiene su contrapartida en el encuentro que el hombre hace al hombre, a veces con la razón, a veces con la emoción o con las razones del corazón de que hablaba Pascal.

El positivismo lo encontró con la razón naturalista que en apariencia no soportaba metafísica alguna. La historia muestra que sí es posible un humanismo sin metafísica. A nadie se le ha ocurrido pensar que no sean humanistas Maquiavelo, Luis Vives, Petrarca, Tomás Moro, Erasmo.

La dificultad estriba en que por regla general existe una identificación entre cristianismo, autores clásicos y *humanitas*. Lo cual no es cierto. Ha habido quienes odiaran el cristianismo porque no era greco-romano. Durante el siglo XIX existieron muchos amantes de los clásicos que aborrecían y despreciaban al cristianismo, ya porque lo consideraban extraño a la tradición europea, ya porque significara la represión de la libertad o fuera tímido y débil. Cabe citar en tal sentido los nombres de Renan, Anatole France, Leconte de l'Isle, el mismo Nietzsche que se educó en la mejor escuela de estudios clásicos de Alemania, y entre nosotros, el Nigromante Ignacio Ramírez, cuya sensibilidad clásica de la forma y del equilibrio contrasta con lo revolucionario de sus ideas. Humanismo sin dios: esto es lo que significa el positivismo. Su actitud atea lo obliga a dedicarse de manera exclusiva a los bienes de este mundo.

Pero todo está orientado al beneficio y la felicidad humana. Una vez abandonado Dios, la única instancia es la razón, la cual pone al hombre como valor último y definitivo. Piénsese, además, que este humanismo secular tiene hondas raíces en la mentalidad moderna. Podría decirse que se trata de la forma más radical del secularismo. Aunque en México no haya realizado el capítulo de la religión, intrínsecamente la filosofía positiva establece una humanidad que sustituye a Dios. Humanidad significa una actitud mental puramente humana, sin relación con Dios. Al contrario, el pensamiento supraterrrenal le resulta nocivo.

RESTA LA CUESTIÓN decisiva. ¿Puede en verdad ser humanismo el pensamiento que enajena al hombre en la naturaleza y que diluye toda acción valiosa una *ratio* fría, calculadora, mecanicista? Para probarlo será conveniente analizar el ideal de hombre que el positivismo intentó formar en México.

El positivismo mexicano no es una filosofía abstracta, sino más bien una ideología, pues su finalidad es realizar las ideas filosóficas. Los positivistas mexicanos, por lo menos los primeros, son educadores, y educadores por excelencia. Su misión nació cuando triunfó el movimiento liberal en el Cerro de la Campana y los vencedores encomendaron a Gabino Barreda la estructuración de la educación nacional sobre ideas y bases distintas de las coloniales. Pues bien, la primera tarea consistió en resolver el estado de anarquía política y social en que estaban los mexicanos, y poner en su lugar un orden que, antes que político, fuese mental. La ciencia positiva fue el instrumento. Se pensó que, suprimidos los conocimientos teológicos y metafísicos, se suprimiría también lo que no aceptaban todos y provocaba la desunión de los mexicanos. “Implantados los científicos”, se implantó lo que “podía imponerse” a todos y lo que en consecuencia los unía también. Ezequiel Chávez dice que por la ley de 1867 los cursos preparatorios reunieron a los antes enemigos estudiantes, “haciendo posible que se ligaran con lazos de amistad, pero además los unió en un solo credo, el de la ciencia”. De acuerdo con su origen racionalista, los positivistas mexicanos llegaron a establecer como doctrina cierta que la diversidad de opiniones en los campos religioso y político tenía su origen en la anarquía de los espíritus y de las ideas, en la ignorancia y en el error. Todo esto impedía la concordia y la unión que necesitaba el pueblo mexicano para progresar y vivir con dignidad al lado de las naciones cultas. La escuela creada para establecer el orden mental en las inteligencias fue la Nacional Preparatoria.

La Preparatoria se asentó sobre el ciclo de materias comunes que ahora se conoce con el nombre de bachillerato único. Su fundador, Gabino Barreda, predica de manera insistente que el objetivo ha de ser “una educación perfectamente homogénea” con el objeto de “unificar” las conductas. En otras ocasiones habla de la necesidad de enseñar un fondo común de verdades, las cuales serán conocidas obligatoriamente por todos, de modo que la conducta práctica originada en ellas no cause la anarquía. “Es preciso —dice— que haya un fondo

común de verdades, de que todos partamos, más o menos deliberadamente, pero de una manera constante." Así la educación es igual para todos, cualquiera que sea la carrera que se siga. Todos los mexicanos tendrán la misma formación, y en consecuencia sus acciones tenderán hacia el mismo fin, que es el bienestar social.

Para esto no basta que la educación sea homogénea. Toda educación fundamental debe ser "suficientemente enciclopédica". Con lo cual Barreda no pretende decir que la enseñanza deba tener un tinte genérico, sino al contrario, que los estudiantes adquieran una formación completa mediante una noción cabal del universo y de la vida. No procuraba crear mentes que lo conociesen todo, sino sembrar en las inteligencias las semillas que hiciesen posible el entendimiento de todas las cosas. También esta cualidad de la educación positivista está orientada a terminar con el error, la arbitrariedad y el capricho individual.

El fondo de verdades que nos han de servir de punto de partida debe presentar un carácter general y enciclopédico, para que ni un solo hecho de importancia se haya inculcado en nuestro espíritu sin haber sido antes sometido a una discusión, aunque somera, suficiente para darnos a conocer sus verdaderos fundamentos.

De esta manera no hay eruditos a la violeta, sino hombres con una visión universal.

Una educación así concebida, era una educación para el hombre con el objeto de darle los instrumentos necesarios para que pudiese vivir en paz, en concordia y orden con sus semejantes.

Existe un ideal: el orden humano que Barreda llama orden social. Tal es el objeto de la educación. Barreda lo dice expresamente: es

el más seguro preliminar de la paz y del orden social, porque [pone] a todos los ciudadanos en actitud de apreciar todos los hechos de una manera semejante, y por lo mismo uniformará las opiniones hasta donde es posible. Y las opiniones de los hombres son y serán siempre el móvil de sus actos.

Es cierto que el positivismo predica la uniformidad de las opiniones mediante la aceptación de la ciencia. Pero conviene a nuestro propósito aclarar algunas cosas. La ciencia del positivismo de Barreda está muy lejos de ser un fetiche ante el cual deba prosternarse el hombre. Al contrario, ella ha sido hecha para el servicio del hombre, satisface sus necesidades intelectuales, proporciona los conocimientos de la cultura moderna y sienta las bases para la grandeza de la nación. Las ciencias positivas son necesarias debido a su carácter instrumental, metódico, en la formación del hombre. Su fin es "grabar en el ánimo de los educandos... los verdaderos métodos, con la ayuda de los cuales la inteligencia humana ha logrado el conocimiento de la verdad". Las mismas matemáticas son ancilares, pues "serán siempre la mejor escuela en que todos podrán aprender las verdaderas reglas prácticas de la deducción y el silogismo".

Quiere decir que la pretendida ciencia endiosada del positivismo no sólo no aparece en la doctrina de Barreda, sino que es de hecho el instrumento del ideal humanista de una educación unitaria y completa. En este sentido la filosofía positiva viene a realizar con una teoría pedagógica el antiguo intento de los ilustrados de educar las inteligencias de tal manera que no diesen cabida al error y a la ignorancia y que recibiesen los principios de una nueva sociedad. Su valor reside, pues, en ser una filosofía reformadora y para la acción. Así como el filósofo colonial trabajó por el ideal del hombre-dios y el liberal por el del hombre-libertad, el positivista brega por establecer definitivamente en México el ideal del hombre-naturaleza, que no es otro que el establecido por la pura razón y su máximo fruto, la ciencia positiva. Ésta es la nueva educación que, según Barreda, habrá de formar una nueva sociedad.

¿Quién negará que semejante finalidad cae bien dentro del más puro humanismo? No es extraño, por eso, que muchas páginas de Barreda hagan recordar a los varones humanistas del siglo XVIII, cuando por ejemplo recomienda la ciencia y el buen gusto como medios para conocer los minerales, la flora, la fauna, que están perdidos para la riqueza pública.



Lo que sólo puede remediarse "defendiendo en lo posible el gusto" de las ciencias.

Mas no debe olvidarse que este humanismo está encerrado dentro de los límites de la *ratio* naturalista y que, en consecuencia, el hombre carece de ventanas abiertas a otro mundo o a valores que estén más allá de la propia razón. El ideal que aquí surge rebasa las condiciones históricas del sistema, realiza la meta de lo que se llama modernidad y también hace actual la pretensión de todos los clásicos de Grecia y Roma: encontrar las soluciones humanas para el hombre dentro de este mundo y de esta vida. La teoría educativa se eleva a teoría pedagógica, cuyo fin es sacar a los hombres de la ignorancia y capacitarlos para formar un nuevo organismo cívico, el hombre civil del pensamiento moderno. Lo importante es, pues, la formación del hombre dentro de las anarquías nacionales. Si se quisiera llamar de alguna manera a este humanismo, se le llamaría humanismo cívico. Barreda dice que la educación debe cultivar al mismo tiempo el entendimiento y los sentidos, "sin el empeño de mantener por fuerza tal o cual opinión, tal o cual dogma político o religioso". Ésta es la enseñanza que pondrá los cimientos de la nueva ciudadanía y del nuevo hombre.

EXISTEN, sin embargo, sobradas razones para pensar que el hombre moderno en que desemboca el positivismo sea anti-humanista. Pues debido al exceso de una razón puramente formal, mientras pretende encontrar al hombre como centro, lo pierde como unidad de valores. Además, la nueva sociedad se caracteriza por procurarse el mayor desarrollo y el mayor bienestar. El orden social es necesario dentro de ella para aumentar la felicidad de los seres y para acrecentar el número de las cosas útiles. Se trata de bienes que satisfacen el egoísmo, no de valores que tienen su asiento en la persona. ¿Dignificará Gabino Barreda a la humanidad positivista? Esto sucedería si fundase el pensamiento y la conducta humanas en una moral que se ampare en la esencia última del hombre, pues entonces sería otra vez el fundamento de un ideal de valor, aunque éste quede en la inmanencia de la naturaleza.

En efecto, el progreso de la humanidad ha de ser completo, según Barreda. El hombre debe alcanzar en la sociedad positiva "el mejoramiento incesante, a la vez moral, intelectual y material". Pero Barreda tiene una convicción, que ya supera las limitaciones del interés egoísta, a saber, que la sociedad no es posible sin la educación moral. "Además de los deberes políticos el ciudadano tiene otros importantes que llenar, los deberes del orden moral." Lo moral es distinto de los dogmas religiosos, de "toda teología y metafísica", pues su objeto es tratar "las altas y trascendentales cuestiones sociales que se refieren al hombre". Es la ciencia la que debe apoderarse definitivamente de la moral. El hombre tiene dentro de sí mismo una constitución moral, fuente de los deberes.

Se sabe que Barreda tomó de Comte tres ideas fundamentales: la solidaridad humana, el sentimiento humanitario del altruismo y la inmortalidad en la memoria de las generaciones venideras. Ciertamente las inclinaciones altruistas son la base de la moral positivista, y éstas proceden del estrato mecánico sensitivo del hombre. Lo que significa que los criterios altruistas no se levantaban más allá de los bienes del cuerpo. Pero contra esta convicción teórica derivada del sistema, Barreda no duda en presentar actitudes, en las cuales va más allá de lo material y sensible. Tiene ante todo la confianza de que la escuela será el lugar donde se consiga el desarrollo "de una moral verdaderamente social y humanitaria". Luego se eleva a la misma altura de los grandes educadores idealistas, cuando dice:

Nutrid vuestra mente con el alimento saludable y suculento de la ciencia... Pero mejorad a la vez vuestro corazón. Que la simpatía y el deseo del bien presidan todos vuestros actos, que la más estricta moralidad los vivifique y los ennoblezca.

De esta manera cambia el ideal del sabio: "pensad para obrar —dice—, y obrar por afecto". No es ya la inteligencia o la razón las que dirigen la humanidad hacia el progreso. Tal papel corresponde al corazón. "No hay rivalidad, ni mucho menos incompatibilidad entre el espíritu y el corazón; ellos se complementan, no se destruyen mutuamente." Barre-

da dijo palabras que después fueron desoídas, pero que todavía en nuestros días, que buscan afanosamente la salvación del hombre, gozan de una asombrosa actualidad.

Sin el cultivo y mejoramiento del corazón, los avances de la inteligencia sólo servirán para destruirnos unos a otros. Mientras el afecto no dirija vuestra actividad, el ensanche de ésta no constituirá un verdadero progreso.

Pues bien, la moralidad con que Barreda levanta de la tierra a la humanidad positivista es la superioridad de las verdades del amor sobre las verdades de la *ratio*. “Este franco y leal reconocimiento de la superioridad del corazón sobre la inteligencia, esta noble subordinación de la ciencia al amor, es un inmenso progreso moral.”

Por estas razones, además de la educación social y de la moral, es necesario establecer la educación del sentimiento o del corazón: la estética. Piensa Barreda que por mucho tiempo las ciencias han permanecido divorciadas de las bellas artes debido al desprecio en que éstas eran tenidas. “Los que cultivaban la inteligencia se creían dispensados del cultivo del sentimiento.” Consideraban ellos que las emociones del corazón no tenían cabida en un mundo asentado sobre el dominio de la naturaleza. Mas la sola razón carece de utilidad para el hombre y aun le es nociva, si no está “al servicio de nuestro afecto”. Debe, pues, intensificarse en la enseñanza la educación estética, esa disciplina que tiene por objeto el progreso del corazón mediante “dulces y saludables emociones, robusteciendo, cuando está bien dirigida, nuestros sentimientos benévolos”. Al hacerlo así, ha de evitarse el error casi universal de suponer que no hay poesía ni belleza estética “sino en los asuntos que tan asombrosamente supieron tratar los Homero y los Virgilio, el Dante o el Tasso”. Ellos viven ciertamente como modelos fecundos; pero la inspiración debe ser el progreso.

Todo aumento que sea contrario a los progresos exponentes de la época debe abandonarse como incapaz de inspirar al artista, y como estéril para el mejoramiento social.

A nuestro propósito interesa hacer resaltar la subordinación de la ciencia al sentimiento, así como la exigencia de la belleza como valor superior que viene a coronar el sistema educativo de Barreda. Son pruebas de verdadero humanismo. Sorprende que el fundador del positivismo mexicano coincida en parte con el ideal parnasiano de la independencia de la belleza. Y sorprende más que, a causa del inmanentismo moderno, su concepción artística no diste mucho de la sostenida por los romanos, quienes nunca llegaron a pensar que el arte estuviera divorciado de la moral. Todo lo contrario. Su literatura, los poemas más puros, como la *Eneida* o las *Elegías* de Tibulo, son profundamente morales por su intención y su contenido, y expresan no sólo los ideales físicos sino también los ideales del espíritu.

Sería un grave error considerar que el positivismo de Barreda abandona siquiera un instante la inmanencia de la *ratio*. Pero la convicción de que la ciencia no tiene validez por sí misma, la superioridad de lo ético sobre lo científico, la fundamentación de la moral en los sentimientos, el grito de la supremacía del corazón, convencen de que el positivismo sí es humanismo. Un humanismo que se asienta sobre la razón y la naturaleza. Existe una gran unidad en la concepción del hombre, desde la matemática, la lógica, lo social y la moral misma. Todo gira en torno de una razón científica. Y también un humanismo que tiene por centro y cima al hombre. Tanto ciencia como ética y estética están orientadas a construir y consolidar el orden social, cuya finalidad a su vez consiste en lograr la finalidad humana en este mundo y en esta vida. Un humanismo, además, que estatuye la soberanía del espíritu y del ideal. En efecto, Barreda concede suma importancia al poder espiritual en la organización de la nueva vida del hombre en México. La seguridad de que la inteligencia armoniza la teoría y la práctica, pero sobre todo la doctrina de que un fondo común de verdades, adquiridas mediante el puro ejercicio intelectual, no sólo realizarán la educación completa del hombre, sino que terminarán con la anarquía de la vida mexicana, son las mejores pruebas de que se cree en el poder del espíritu y del ideal, lo que sin duda cons-

tituye la entraña de todo humanismo. Y ¿qué decir de la entrega confiada a la razón o de la firme creencia en el progreso y en la ley de los tres estadios? El propio ideal de la felicidad social se alza por encima de las preocupaciones materiales.

Así el positivismo, por lo menos el de Barreda, vence los dos monstruos que amenazaban acabar con la *humanitas*: la razón totalitaria, fría y rígida, y el instinto o el sentimiento irracionales, la pura voluntad de poder. Supera asimismo la dualidad *logos-physis*, sin abandonar el proceso moderno que Spencer llama la superstición del racionalismo, pues la moralidad priva sobre la ciencia. Todo esto es humanismo. Lo humano del hombre, la *humanitas*, es el supremo valor ahí donde está como término de la voluntad y de la inteligencia. La filosofía positiva establece la soberanía del hombre como ser dotado de razón. Dentro de una escala positiva de valores, se logra salvar la existencia singular del hombre y le da la soberanía que sólo a él corresponde en la naturaleza.

SIN EMBARGO, el positivismo de Barreda llevaba en sí mismo un grave peligro para la *humanitas* así entendida. Su columna vertebral, el sentimiento de simpatía, era moralmente endeble y no pudo transmitir exigencias de valor que salvaguardasen al hombre de la técnica, de la colectivización y de la cuantificación. A él se atribuye con razón la responsabilidad de haber fortalecido la evolución del mundo contemporáneo, en el que la máquina y la técnica amenazan al *homo vere humanus*. De la misma manera el desarrollo de una razón estrictamente igual llevó a una nivelación de los individuos, a una especie de socialización en donde la persona tiende a desaparecer para dar lugar a una sociedad erigida sobre la riqueza, la habilidad y el trabajo. Y con el transcurso del tiempo y las pasiones de los individuos la moral que mandaba compartir la utilidad, el bienestar y la felicidad, terminó formando un egoísmo ético para el cual sólo tenían vigencia los valores utilitaristas. Así se explica la presencia de los llamados "científicos". Tuvieron, pues, razón las mentes claras del Ateneo cuando acusaron al positivismo de haber hecho angosto el mundo y de haber empobrecido al hombre.

Si Gabino Barreda pudo defender, que no salvar, la libertad individual dentro del orden social, fue porque levantó una pedagogía que concillaba “la libertad con la concordia, el progreso con el orden”; más tarde sus seguidores habrán de abdicar a gritos —como los escritores de la Libertad— de sus derechos a cambio de mayor tranquilidad y bonanza material.

El positivismo mexicano fue vencido por la fuerza de su venerable ascendencia racionalista. Después de todo, los positivistas nuestros estuvieron a tono con su tiempo. ¡Si en lugar de habernos hecho positivistas en el siglo XIX, nos hubiéramos hecho definitivamente racionalistas, ilustrados, un siglo antes! Pero nos tocó en suerte cuando sus principios fundamentales iban a ser considerados como no válidos, cuando el pensador moderno buscaba otros caminos y otras soluciones. Nuestra incipiente ilustración del siglo XVIII construyó ideas para un mundo que aún no existía. El propio racionalismo liberal gobernó para un pueblo que debiera ser. La ideología positivista, en cambio, pese a sus elementos actuales, fue realizada con cierta especie de retardo, y vino a ser como la culminación atrasada de todo un proceso histórico: de México como pueblo moderno.